

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

Todos los días oímos voces que nos invitan a dar algo. Desde el mendigo de la calle, hasta el africano que nos pide a la salida de un supermercado, pasando por los niños que venden pañuelos de papel o limpian los parabrisas de los coches en los semáforos. Ahora toca a nuestros compañeros de 1º de ESO que inundan de avisos las paredes del colegio y nos brindan una oportunidad inmejorable de expresar nuestra solidaridad.

Ya sabemos que hay solidaridad. Y si no existiera habría que inventarla. Nadie puede prescindir de dar o recibir solidaridad. Nadie, sea rico o pobre, blanco o negro, gitano o payo, puede renunciar a ser ayudado por los demás o ayudar él mismo a alguien. Hay dos formas de ayudar a los demás, dos maneras de dar dinero y amistad, dos modos de echar una mano al que la necesita; en una palabra, hay dos clases de solidaridad: la auténtica y la hipócrita. No se trata de ayudar por presumir, ni por competir, ni por batir ningún tipo de récord. Esta palabra debe ser sinónimo de justicia, apertura al mundo, participación, apoyo, pensar bien del otro, hacer bien a los demás y no hacer mal a nadie. Debe ser una actitud de vida diaria, sin hipocresía ni engaños.

Entonces, ¿por qué debemos colaborar todos en el MINIDOMUND? Pues porque si no pensamos más que en nosotros mismos, nos hacemos cada vez más egoístas y más distantes del mundo y sus necesidades. ¡Y eso no puede ser! Tenemos que colaborar, somos conscientes de que no es justo que el mundo sea como es:

- No es justo que haya miles de niños, en África o en Brasil, que ni siquiera saben dónde van a dormir esta misma noche.
- No es justo que yo me haga comprar zapatillas de marca mientras tantos niños serían felices si pudieran por lo menos cubrirse los pies.
- No es justo no poder beber todo el agua que uno quiera, porque es escasa y hay que ir a buscarla muy lejos.
- No es justo que para muchísimos niños un helado sea algo inalcanzable...
- No es justo que, aunque les duela la cabeza o estén enfermos, los niños del Tercer Mundo tengan que seguir trabajando, para poder comer un poco ellos y los suyos.
- No es justo que la única música que oyen miles de niños sea el disparo de los fusiles...

Y no es, sobre todo, justo que mientras tanto yo me pase el día lamentándome porque me tengo que levantar para ir al cole, porque no siempre me ponen la comida que yo quiero, o porque no me dejan ver todas las horas que me apetece de televisión...

Por eso. Porque no. Porque no es justo, vamos a dedicar nuestro tiempo, nuestro esfuerzo y nuestro dinero al MINIDOMUND.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

---

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

Una vez más estoy presenciando estos días una película distinta. Una vez más, la historia se desarrolla en el colegio y los protagonistas son los compañeros de 1º de ESO, los profesores que les ayudan, cuantos de vosotros colaboráis en el MiniDomund.

Es maravilloso el toque festivo y desenfadado, el sentido lúdico que le damos a la vida. Dios ama la alegría y nos la regala, porque Él mismo vive en danza interrumpida. Me parece estupendo que haya días que rompan la rutina y el ambiente mecánico; días en que convivan los libros y el tedio de las clases con la espontaneidad, la fantasía y la improvisación; Me parece genial que haya momentos en que se propicie un clima de compañerismo y amistad, que se brinde por la fiesta sin fin, que tenga lugar esa eucaristía del ofrecer, pedir, compartir y comer todos juntos.

Pero nos acercamos al fin de semana. Y no me resulta tan agradable que la diversión entonces sea algo postizo, superficial y consumista, violenta en ocasiones; No me parece bien que la fiesta no nazca de dentro; que necesite de la bufonada y el alcohol para estimularla; que la verbena de hoy produzca resaca, vacío y desencanto para mañana. No está bien que tengamos que vender nuestra dignidad para alegrarnos, o que tengamos que divertirnos a costa de la dignidad de los demás. «Ha sido un fin de semana de locura», decimos.

Pero no se trata sólo de locura. Hay detrás todo un problema de injusticia y solidaridad. ¿Cómo tenemos tantas ansias de derrochar, sabiendo que hay tantos estómagos que saciar? ¿Cómo nos quedan tantas ganas de juerga, sabiendo que hay niños que sólo conocen el sufrimiento?

Te invito a pensar en esos países donde de cada 100 personas, 70 no se alimentan suficientemente, y luego permítete rechazar la comida porque no te gusta; piensa en los niños que no asisten a la escuela y se ven explotados en trabajos indignos por unos céntimos, y después quejate de la falta de medios en el colegio o de la propina escasa; piensa que en alguno de esos países casi la mitad de las madres son solteras y tienen que sacar adelante sin ayuda a varios hijos, y luego niégate a echar una mano en casa; piensa en los ancianos que malviven solos en las chozas, y después ríete de las impertinencias de los viejos; piensa en las aldeas sin luz, sin agua corriente, sin servicios, y luego protesta porque la calefacción no funciona a tu gusto o no tienes todos los caprichos que quieres; piensa, sobre todo, en la falta de preparación y promoción de aquella gente que les impide resolver sus problemas,... y después permítete el lujo de perder el tiempo, de no trabajar lo que debes, de no aprovechar la increíble oportunidad que disfrutas.

Por eso he dicho no a la diversión egoísta e insolidaria. Por eso pido que dediques un tanto de tus gastos semanales a colaborar a la ayuda y promoción de los niños que sufren. Durante toda la semana está en marcha el MiniDomund. En él se concentran todas las manos pedigüeñas, que son las manos de ese Cristo que crees conocer.

Apelo a tu responsabilidad: empieza a compartir. Toda la ayuda, por pequeña que sea, es necesaria. Esta tarde, mañana por la tarde, pásate un rato por el sótano del colegio antes de comenzar tu fiesta. Haz posible que tu ayuda pueda llegar donde alcance tu corazón. Tu fiesta será mucho más auténtica y divertida si te esfuerzas porque algún niño, siquiera uno sólo, en algún punto del planeta, deje de llorar.

Cuando la alegría y el amor se unen, los dos salen ganando.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

Dentro de cada uno de nosotros hay un tesoro, un diamante en bruto, una hermosa joya que debemos aprender a descubrir: dentro de cada uno de nosotros está la auténtica verdad. En nuestro interior radica la verdadera persona que somos cada uno. San Agustín escribe: «No te vayas fuera, regresa dentro de ti mismo; pues en el hombre interior habita la verdad». Y añade en otro escrito: «Los hombres salen a hacer turismo para admirar las cumbres de los montes, el oleaje proceloso de los mares, el curso de los ríos, las revoluciones de los astros... y, sin embargo, se pasan de largo a si mismos».

Leía anoche un artículo del psicólogo Enrique Rojas sobre la persona que la sociedad está preparando para el futuro y que él mismo ha retratado en un libro titulado «El hombre Light». Es el hombre vacío que se desliza por una rampa tejida de consumismo y permisividad, un sujeto esencialmente frívolo que hace de la moda y el culto al cuerpo el eje de la cultura. Una persona superficial que tiene cada vez más fachada y menos fondo. Un hombre cuyas convicciones no tienen firmeza porque están hilvanadas por unos hilos demasiado poco resistentes: quiere saberlo todo, pero no para cambiar o mejorar. Un individuo sin referente, cuya norma social es hacer lo que se lleva en ese momento o hacer lo que la mayoría hace. Un hombre repleto de excusas para todo.

Frente a este personaje, Rojas propone la figura del «hombre sólido», comprometido, que pretende ser coherente, aunque esto le obligue a la impopularidad, que quiere ser profundo, sabio, exigente consigo mismo, capaz de volar alto.

Pues bien. Solamente hay un camino que nos conduce a descubrir qué tipo de persona somos. Y éste es el silencio. Sólo el silencio nos ayuda a desarrollar nuestra capacidad de escucha y favorece la reflexión y comprensión de lo que oímos. Sólo el silencio te permitirá oír la voz de la verdad y, lo más importante, te dará capacidad para comprender tu persona y tu modo de actuar.

Pero, ¿cómo vas a comprender lo que te explican si te pasas el día como una cotorra hablando sin parar? ¿Cómo vas a ser capaz de enterarte, de reflexionar, de comprender si las clases las conviertes en continuas tertulias sin sentido y en pequeñas oficinas de correos por donde circulan decenas de papelitos con tontos mensajes? ¡Deja de jugar y has silencio de una vez! El que habla sin parar no puede escuchar, no llega a entender, no sabrá nunca. El silencio y la atención te abrirán las rejas de camino que te conduce al *saver*, que te lleva al descubrimiento del maravilloso mundo y la inmejorable persona que hay en ti.

¿Quieres ser una «persona sólida»? haz la prueba. Durante las clases de hoy, exígete al completo: guarda silencio, escucha, atiende y participa con el máximo interés. Cuando llegue la tarde, busca un momento tranquilo, repasa en tu interior lo que hayas oído: la sabiduría ya no estará en la pizarra, los cuadernos o los libros. Estará dentro de ti.

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Buenos días, amigos, profesores y alumnos.

La fecha de hoy, 23 de febrero, ha quedado señalada en nuestra historia como un monumento absurdo a la intolerancia. Por otra parte, no hace mucho, un corresponsal de guerra escribía: «La locura humana no tiene límite». Esto no son revelaciones de otro planeta, sino de un hombre que trata de ser objetivo y que no encuentra palabras para describir la realidad que está viendo con sus propios ojos. Si él hablaba de la guerra, lo mismo podíamos decir de tantas otras acciones, enteramente irracionales, inhumanas y salvajes. De tantos otros actos terroristas y violentos, de tantas torturas y abusos, que parecen obra de seres ofuscados o descerebrados o endemoniados. Seres que se dejan llevar por el odio, y todo odio es una falta de razón. ¡Hasta dónde puede llegar esta locura de la persona, que es capaz de destruir todo lo que se había edificado con prolongado esfuerzo, todo lo más bello, lo más noble, lo más vital!.

Es como el bárbaro maniático que rompe a martillazos una obra de arte o como el loco pirómano que se atreve a incendiar un bosque. Mal está que el hombre destruya a la naturaleza y ponga a los animales en peligro de extinción. Son salvajadas incalificables y hasta suicidas. Pero cuando el hombre se destruye a si mismo, cuando acaba con la vida de un semejante, ¿qué podemos decir? Su irracionalidad es tal, que se pone a un nivel más bajo que las fieras, porque éstas nunca ponen en peligro a su propia especie.

La locura humana no tiene límites en nuestras actitudes y comportamientos ante la vida. A pesar de toda nuestra ciencia, no sabemos orientar nuestra vida en el camino de la verdadera felicidad y libertad. Alejamos nuestra responsabilidad de estos hechos: como si la culpa de esta sinrazón la tuviera el sistema, como si lo ocurrido pasara desapercibido en el anonimato, en la masificación, en la lejanía de los acontecimientos o en la frialdad de una noticia tantas veces repetida.

Vivimos sin profundidad, con angustia y estrés, añoramos la paz. Nos sentimos agobiados por problemas insignificantes y, ante ellos, reaccionamos muchas veces con distintos grados de violencia. Lo que ocurre en Chechenia, en El Egido, en el País Vasco, no es simplemente problema de otras gentes: tiene su causa y origen en nuestro propio corazón. Cuando recurrimos al enfado para solucionar nuestros conflictos; cuando no somos capaces de reconocer nuestras equivocaciones; cuando discutimos en lugar de dialogar; cuando utilizamos cualquier excusa para imponer nuestra voluntad, estamos generando violencia. Por eso...

Si crees que la sonrisa es más fuerte que los puños; si crees en el poder de una mano tendida; si sabes mirar a los otros con un poco de amor; si estimas que debes dar el primer paso para acercarte al otro; si puedes alegrarte de la alegría de tu vecino... LA PAZ VENDRÁ.

Si la injusticia que padecen los otros te duele tanto como la que tú sufres; si sabes aceptar que el otro te haga un servicio; si crees que el perdón va más allá que la venganza; si sabes aceptar la crítica sin defenderte; si crees que los demás te pueden ayudar a cambiar... LA PAZ VENDRÁ.

Si sabes aceptar y escoger un punto de vista distinto del tuyo; si no descargas tus culpas sobre los demás; si la cólera es para ti debilidad, y no una prueba de fuerza; si crees que el amor es la única fuerza; si crees que la paz es posible... LA PAZ VENDRÁ...

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a lo que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

María, Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.